



## Capítulo 304 - Hemos terminado aquí

Vergil apareció como una espada invisible junto a Kaori, interrumpiendo el siguiente golpe de Lucian antes de que pudiera ser lanzado.

El cambio de atmósfera fue tan abrupto que el aire a su alrededor se estremeció. El calor de la batalla cesó por un breve instante, como si el mundo entero contuviera la respiración. Kaori, en medio de su elegante giro, sintió el peso de la presencia de Vergil e instintivamente retrocedió de un salto, con los ojos abiertos de par en par por la alarma.

Lucian se quedó paralizado. El brillo depredador que había albergado hasta entonces desapareció de sus ojos dorados, reemplazado por una confusión momentánea: no entendía qué había sucedido. Solo se dio cuenta de que, de repente, alguien más letal que cualquier cosa a la que se hubiera enfrentado en ese campo de batalla estaba frente a él.



Virgilio lo miró fijamente. No con ira ni emoción.

Pero con una calma fría, como un verdugo mirando una cabeza ya condenada.

El primer paso de Virgilio fue tan ligero que más bien parecía una ilusión.

Pero al instante siguiente, desapareció en una explosión de aire desplazado.

Lucian intentó reaccionar (su lanza plateada vibró en su mano) pero Vergil ya estaba dentro de su guardia.



El primer golpe fue tan rápido que Lucian ni siquiera vio a Yamato moverse.

Lo único que escuchó fue el agudo sonido del metal rompiéndose: su lanza explotó en pedazos de plata que flotaron como pétalos muertos.

Lucian abrió mucho los ojos y retrocedió instintivamente, pero el segundo golpe lo rozó en el hombro izquierdo. La carne se desgarró como papel mojado, y la sangre brotó a chorros cortos.

El tercer golpe vino desde arriba, y Lucian levantó los brazos para bloquearlo, conjurando una barrera dorada con toda la fuerza que pudo reunir.

El impacto fue monstruoso.

Lucian salió despedido hacia atrás, estrellándose contra una de las columnas flotantes que adornaban la escena de destrucción. La estructura se quebró por el impacto, y las grietas se extendieron como telarañas.



Tosiendo sangre, Lucian se obligó a levantarse y sus alas negras se abrieron en un estallido de energía oscura.

"Bastardo..." intentó convocar un rayo de magia oscura, pero Vergil ya estaba allí.

El cuarto golpe cortó el aire con un siseo mortal, arrancándole el brazo derecho a Lucian a la altura del hombro. La extremidad salió volando, dando vueltas grotescas en el aire, antes de disolverse en humo espectral, revelando aún más la farsa de su existencia.



Lucian gritó, pero el sonido fue absorbido por el rugido silencioso del Yamato moviéndose nuevamente.

El quinto golpe fue el definitivo.

Vergil atravesó con su espada el pecho de Lucian sin dudarlo, sin un solo movimiento en vano.

El cuerpo de Lucian se congeló y su boca se abrió en un último jadeo.

Una luz espectral explotó dentro de él, filtrándose por los bordes de su cuerpo como vapor saliendo de un jarrón roto.

Miró la espada incrustada en su pecho y luego a Vergil.

Intentó decir algo, una maldición, tal vez, o una súplica, pero sólo logró emitir un sonido ronco, como el viento arañando una ventana vieja.

Virgilio lo empujó con una patada seca.

Lucian cayó de rodillas, temblando, y luego comenzó a derretirse.

No como un ser vivo muriendo.

Pero como una máscara rota por la revelación de su propia mentira.

La piel, las alas, la armadura: todo se convirtió en una sustancia viscosa que goteaba al suelo y desaparecía en humo blanco.





Todo lo que quedó fueron las armas rotas y un amargo sentimiento de ilusión destrozada.

Vergil limpió la espada de Yamato con un movimiento seco, sin siquiera mirar lo que quedaba.

Kaori, que había observado todo sin intervenir, respiraba con dificultad.

No por cansancio, sino por el impacto de ver a alguien tan poderoso reducido a nada en cuestión de segundos.

Vergil dio unos pasos atrás, sus ojos ardían con la claridad de alguien que sabía que esto era solo un preludio.

Si incluso Lucian, alguien que anteriormente había sido capaz de enfrentarse a tropas enteras por sí solo, ahora era solo un títere...



Eso significaba que quien estaba detrás de todo esto era mucho más peligroso de lo que cualquiera allí había imaginado.

Sin decir palabra, dio la espalda al lugar donde había desaparecido Lucian, con su atención ya puesta en su siguiente objetivo: Dante.

El verdadero trabajo ni siquiera había comenzado todavía.

"¿Estás bien?" preguntó Vergil, con una voz tan aguda y fría como la espada que aún sostenía.



Kaori, aún jadeante, asintió rápidamente. «S-sí...», balbuceó, pero la mirada clínica de Vergil no se dejó engañar.

Sus ojos se posaron en su brazo, donde una fina marca negra se extendía, como una grieta viva en la piel.

Sin dudar, levantó a Yamato.

"Espera, ¿qué-"

¡DESCANSA!

Con un único movimiento limpio y brutal, Vergil le cortó el brazo a la altura del hombro.

Kaori gruñó de dolor y cayó de rodillas, agarrándose el hombro palpitante del que debería haber brotado sangre, pero no había sangre. Solo una energía oscura se disipó en el aire, como humo tóxico.

Vergil ignoró sus gemidos.

Levantó su mano libre y ordenó, con su voz llena de poder:

"Curar."

Una luz roja envolvió el hombro de Kaori, como un campo de partículas furiosas, tejiendo nueva carne, tendones y huesos con precisión sobrenatural. En cuestión de segundos, un nuevo brazo tomó forma, tan perfecto como el anterior.



Kaori, todavía temblando, miró con asombro su mano recién formada.

Virgilio se inclinó y recogió del suelo el brazo cortado, sosteniéndolo como si fuera un trozo de tela sucia.

La extremidad inmediatamente comenzó a desintegrarse entre sus dedos, disolviéndose en polvo plateado que fue arrastrado por el viento.

—Fue solo magia —dijo Vergil, examinando los últimos rastros de la maldición en el aire—. Una invocación parasitaria. Por eso sobreviviste.

Dejó que el polvo se deslizara entre sus dedos y miró a Kaori tan fríamente como siempre.

"Pero recuerda..." su voz ahora sonaba como acero arrastrándose sobre mármol.

"No dejes que te golpeen otra vez."

Kaori sólo pudo asentir en silencio, la conmoción del dolor y la revelación la paralizaron.

Vergil se puso de pie, el Yamato brillaba en su mano como un fragmento nítido de realidad.

Sin decir otra palabra, desapareció en una ráfaga de viento, volando hacia Kraggor y la batalla que aún rugía.





Kaori se quedó atrás, inmóvil.

Ella miró hacia abajo a su nuevo brazo, todavía flexionando sus dedos recién formados.

Su pecho se agitaba, no sólo por el dolor, sino por la brutal conciencia de lo que acababa de suceder.

'...Me iba a morir...'

La verdad la golpeó como un golpe invisible.

De no haber sido por Vergil, ahora estaría muerta. Consumida por la maldición sin siquiera darse cuenta.

Kraggor seguía pateando a Dante como quien intenta apagar un incendio a puñetazos. Cada golpe resonaba entre las columnas rotas y el suelo flotante, un sonido seco de carne aplastada y huesos que intentaban resistir en vano.

El demonio, cubierto de grietas y hendiduras, regeneraba fragmentos de su cuerpo a pasos agigantados, como una máquina averiada intentando funcionar. Cada vez más lento. Cada vez más débil.

Virgilio apareció ante ellos como una sombra afilada.

Levantó una mano con calma: un gesto sencillo.

Kraggor se detuvo inmediatamente, bajó el puño aún levantado al aire y miró a su alrededor, confundido, como un animal entrenado esperando la siguiente orden.



Dante intentó levantarse tambaleándose como una marioneta rota.

Pero antes de que pudiera reaccionar, Vergil lo agarró por el cuello con fría facilidad, levantándolo del suelo como si fuera un trozo de leña.

—No más teatro. —Su voz sonaba baja y controlada, pero en ella vibraba algo antiguo, pesado como el trueno contenido en una montaña antes de derrumbarse.

Dante intentó reunir energías con desesperación. Sus ojos brillaron, su piel se rasgó revelando runas negras, pero Virgilio ya estaba sellando su destino.

Un círculo rojo nació bajo sus pies, dibujado en rayos de luz que parecían atravesar la realidad misma.

Con su otra mano libre, Vergil trazó símbolos en el aire, cada gesto tan preciso como una cuchilla quirúrgica, sellando la esencia de Dante capa por capa.

"iiiAHHHHHHHH!!!!" gritó el demonio, o al menos lo intentó. No emitió ningún sonido.

Fue como si su alma hubiera sido encerrada dentro de un ataúd de piedra, arrojada a un pozo sin fondo.

El sello rojo brilló intensamente y, en un destello ensordecedor, se grabó en el pecho de Dante como hierro candente marcando cuero.

"Parece que funcionó, jajaja" Vergil soltó su garganta.







Dante cayó de rodillas con un golpe seco, sin fuerza ni energía, ni siquiera la merced de morir. Ahora era poco más que un recipiente vacío, un prisionero perfecto.

Virgilio lo miró como si estuviera observando un insecto clavado en el escaparate de una tienda.

—Vas a decirme dónde están los originales. —Cada palabra era tan fría como el acero rozando su columna—. Ni aunque tenga que destrozarte la mente para obtener la respuesta.

Dante intentó gruñir, intentó maldecirlo con la mirada, pero ni siquiera pudo hacer eso.

Él sólo respiró, humillado y reducido a menos que polvo.

Vergil se giró lentamente hacia *Gwen*, quien ya estaba observando todo con una sonrisa en la comisura de la boca y los brazos cruzados.

—Arréstenlo —ordenó, con la voz aún impasible—. Pero tengan cuidado. Podría intentar fragmentar su mente para evitar que averigüemos algo.

*Gwen* asintió, y unas sombras serpentearon a sus pies. Unas cadenas negras emergieron del suelo desmoronado, deslizándose como serpientes y envolviendo a Dante con una fuerza silenciosa e inevitable.

Virgilio no esperó a ver.





JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

"Vamos al Inframundo, a coger a este tipo y a entregarlo a la Arconte Paimon. Ella encontrará la manera de encontrarlo. Encárgate de eso por mí", dijo, pasando junto a Gwen y dándole una palmadita en la cabeza.

